

AVELLANEDA

por el Académico DR. PEDRO J. FRÍAS

1. *Límites de esta evocación.* Buen investigador de ideas, Avellaneda observaba que la biografía no explica la historia. Acataré su sentencia; sin presunción, me propongo explicar, al revés, su biografía por la historia.

¿Qué historia? Porque no la cultivo como disciplina, será una historia que, como cierta cultura, es lo que queda después que todo lo demás se ha olvidado. Quedaré justificado si se recuerda que ya Enrique de Gandía ha dicho sobre "sus ideas y su tiempo" cuanto puede interesarnos aquí.

Mi hipótesis fundamental es que con la presidencia de Avellaneda la Argentina se consolida como Estado-nación. En efecto, se convierte en una sociedad previsible, el Estado ocupa su territorio y le da capital, crece la mediación política para asegurar un proyecto para el consenso y hombres para la sucesión pacífica del poder.

2. *El interior.* Avellaneda es un argentino del interior. Muchas veces he visitado en Tucumán su casa, ennoblecida ahora por el Museo provincial y la espléndida colección tucumana de Miguel Alfredo Nougués. He cerrado los ojos en su sala de recibo y entrevisto la cabeza del padre en la pica infamante de nuestras intolerancias. Fue una manera cruel de entrar en la Historia. Con su claro dibujo de patios y aposentos, esa casa predisponía, en aquellos tiempos, al servicio del Estado.

Si a Tucumán pertenece su infancia, su adolescencia transcurre en Córdoba entre 1850 y 1855. Su juventud y el resto de sus días pertenece a su destino nacional en Bue-

nos Aires. Se incorpora por propio derecho a esa sociedad cordobesa estamental en que la promoción la procuraban la Universidad, las funciones públicas y la familia, con el añadido no desdeñable pero tampoco determinante del dinero. Avellaneda es González. La familia cordobesa es de valimiento y de hermosas mujeres. Sus primos hermanos de ese apellido discurren su tiempo entre Córdoba y la estancia jesuítica de Jesús María. Los Díaz, también primos, lo distribuyen entre la Capital y la estancia jesuítica de Santa Catalina. Y como el verano los colegiales del Monserrat lo pasan en Caroya, la antigua estancia del Presbítero Duarte Quirós, fundador del Convictorio, Avellaneda en corto tiempo visita a unos y a otros, porque Caroya, Jesús María y Santa Catalina son un triángulo pequeño pero decisivo en la entraña misma de Córdoba.

La Córdoba del medio siglo es una ciudad bifacial: semiperuana y semiplatense por una convergencia histórico-social demasiado visible para reiterarla aquí.¹ Es el interior y lo interior; una cierta percepción moral de la vida, más por sus significaciones que por sus materialidades; un grado de abstracción que eleva la calidad de los roles sociales, pero en algún sentido los deja inacabados o desmesurados; una aptitud para escapar de los condicionamientos previos, que en ciertos momentos de la historia, por una condensación de grupos y valores comunitarios adscriptos, atraviesa la situación social preexistente y altera los roles.²

Avellaneda expresa en sí mismo estas modalidades. Pocas personalidades argentinas interpretan mejor la difícil convergencia: era peruano y platense, católico y liberal, conservador e innovador, mediador casi siempre, árbitro pocas veces, razonador en ropaje literario, con el decoro de los doctores y las ambiciones de un político.

Hay además dos antagonismos aparentes que Avellaneda aprendió en Córdoba a conciliar: el autonomismo con la vocación nacional y la identidad con la alteridad. En cuanto al primero, Córdoba creó el autonomismo en tensión inicial con Buenos Aires, pero no con las Provincias Unidas. Lo encabezaron sus gobernadores José Javier Díaz

¹ LUIS RODOLFO FRÍAS, *La Liga de Gobernadores de 1880*.

² PEDRO J. FRÍAS, *Sobre poder y sociedad*, UNSTA, Tucumán, 1983, p. 61.

y el General Bustos, pero fueron producto de la Universidad y del artesanado, esa virtual clase media. No conoció Córdoba el federalismo de montonera.

En cuanto a la alteridad, la geopolítica de Córdoba era relacional. La relación espacial le había dado Universidad. La Universidad le había dado relación cultural y política. Como anota Quesada, "conocíamos por la tonada la provincia en que habían nacido los estudiantes". Como sintetiza un santiagueño: Yo aprendí a ser argentino en la Universidad.

Nada comprenderíamos de la década-puente del 70 si no tuviéramos presente que la transición política la hizo posible la generación universitaria de Córdoba. Los discípulos de Avellaneda y de Juárez Celman, para decirlo de alguna manera, se constituyeron por la amistad de las aulas, en el grupo electoral, si no más pulcro, más oportuno de la Argentina. Llegaron al poder en la hora de la democracia limitada y no se detuvieron a discutirla: la hicieron. Constituyeron "la república posible antes que la venidera", como quería Alberdi, la república imperfecta pero perfectible de los conservadores.³

Volviendo al argentino del interior, podría decirse que atribuyo excesivas vivencias al muchacho demasiado joven que se aleja de Córdoba. Pero la descripción de Buenos Aires que hace en 1857 cuando sólo cuenta diecinueve años, en su carta a José Posse, basta para saber qué calidad de discernimiento tenía ya el muchachito salido del Monserrat mediterráneo.⁴

Por eso insisto en que el joven Nicolás ha quedado definido en Córdoba. Como suscita agrado, tratará de no agotarlo en la cordialidad trivial. Como es de palabra fácil, se empeñará en justificarla con sensatez y cultura. Como tiene una fe robusta, ocupará algo así como un "justo medio" entre católicos y liberales. Como es romántico nada ignora de la melancolía, pero tampoco de la intensidad. Como es bajo, caminará empinado hacia el futuro. Parece frágil el muchacho de aire pensativo que se aleja de Córdoba, pero extrañamente su sueño se convertirá en realidad.

³ La interpretación de este proceso en NATALIO BOTANA, *El orden conservador*.

⁴ ENRIQUE DE GANDÍA, *Nicolás Avellaneda. Sus ideas y su tiempo*, Buenos Aires, 1984, p. 16.

Su carrera ha sido juzgada como una de las más brillantes entre los argentinos. "Nacido en 1837, a los veinte años ya es abogado, periodista y ejerce un importante cargo en el diario «El Nacional». A los 23 años es electo diputado provincial en Buenos Aires, a los 28 años es Ministro de Gobierno de Adolfo Alsina; de allí, prestigiado por su gestión provincial, salta a los 31 años al gabinete nacional de Sarmiento. Cuando renuncia al Ministerio de Educación para encabezar la fórmula del Partido Nacional, Tucumán lo elige Senador Nacional. En 1874 es electo el Presidente más joven. Apenas tiene 36 años. Al terminar su período en el 80 es nombrado rector de la Universidad de Buenos Aires; al mismo tiempo su provincia natal lo vuelve a elegir senador nacional. Allí redacta leyes, como su famosa ley universitaria, que regirá por largos años." ⁵

3. *El país confiable.* Renuncio a la tentación de seguirlo en sus años iniciales de bufete y política. Me perdería en los meandros de un país que se ha dado una Constitución pero no logra una sociedad constituida en ella. Esta realidad hacía rezongar a Sarmiento: "La constitución. . . son las leyes, la policía, las costumbres". Pero no en vano cuatro presidencias constitucionales precedieron la de Avellaneda. Si la democracia fue limitada, también el poder se vio limitado, legitimado y compartido. La clase dirigente que había hecho posible la Constitución, alcanzó finalmente dos hitos instrumentales que estaban faltando: un país confiable y una mediación política a la altura de las circunstancias.

Esta etapa se abre con la batalla de Santa Rosa, en la que el General Roca emerge como líder nacional. Pareciera que en ese momento los golpes de puño se cambiaran en confrontaciones de fuerza. Porque la agresividad que es como sombra de la vida del hombre se acostumbra finalmente a vivir sus reglas de juego. Es mérito de Fernando Madero haber exhumado el pronóstico de un diario de Córdoba, dirigido por un Yofre, la familia cordobesa que más de cerca acompaña a Avellaneda. Es una predicción: "nada será igual": quedarán atrás el despojo, el degüello, la incertidumbre, la revolución permanente.

⁵ LAURO FAGALDE, *El interior al Poder*, Edit. Los Andes, Reconquista 1975, p. 100.

La paz es la condición de todas las transformaciones del 70. Aloja la nueva estancia, como instrumento de desarrollo, y aloja la nueva política: nueva, a lo menos, en la magnitud de la escala con que se enlazan las clases dirigentes y los distritos electorales, que junto con las operaciones territoriales consolidarán, a través de Avellaneda, el Estado-Nación.

4. *Un territorio integrado.* Ese Estado-Nación convoca a su territorio: lo ocupa, lo organiza, en suma lo "nacionaliza". Es la conciencia territorial, en su viejo oficio de dar sustento a la empresa humana, en su creciente dialéctica de trabajo y recursos, paisaje y cultura, autonomía e interdependencia, la que opera a partir del 70. Es una tarea impostergerable que se asume con método, con espíritu, con logro indudable.

Perdóneseme si me repito. He enumerado otras veces ⁶ las seis operaciones territoriales que consumaron el Estado-Nación, en sólo una década, entre el 74 y el 84. No se las atribuyo a Avellaneda, pero él alentó y presidió la instancia política que las hizo posible.

La primera fue la ley de administración del Chaco y su exploración sucesiva, que precede la expansión de las fronteras interiores del país.

La segunda fue la campaña del desierto, que en sentido figurado fue nuestra única guerra con Chile, indios mediante, porque aunque no dependían de Santiago tenían en el país trasandino sus asientos permanentes.

La tercera fue la cruenta federalización de Buenos Aires que, aunque impuesta por el interior, suscita tempranamente dudas sobre el equilibrio del país.

La cuarta fue el Tratado de Límite con Chile de 1881, que se propuso impedir toda instancia arbitral sobre la Patagonia.

La quinta fue la organización de los territorios nacionales, a los cuales se presta asidua atención para animar la periferia del cuerpo político.

La sexta fue el ferrocarril que anuló las distancias.

La Argentina se mostraba grande y unida.

⁶ PEDRO J. FRÍAS, cit., p. 162. Cfr. MIGUEL J. RODRÍGUEZ VILLAFANE, *La conciencia territorial de la generación de 1880*, en "Empresa política de la generación de 1880", Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982.

5. *La federalización de Buenos Aires*. Una consideración especial puede dispensarse a la federalización de Buenos Aires por su relación directa con Avellaneda. Desde la historiografía actual la ha reinterpretado Natalio Botana.⁷ En la descripción sigo el libro de Felipe Yofre, *El Congreso de Belgrano*.⁸

Reducido a las *dramatis-personae*, el libro adquiere la grandeza de una lucha entre poderes que ninguna memoria refinada podría reconstruir con tanto dramatismo. Las autoridades nacionales buscan sustento territorial porque la clase dirigente de la ciudad-provincia de Buenos Aires se lo retacea y se lo niega; Presidente y Congreso son pacientes, esperan ser provocados y recién entonces se marginan de la sede común, emplean con prudencia las armas, suscitan en el interior un apoyo convencido, y porque el presidente vacila, el Congreso consuma el sometimiento de Buenos Aires. La Argentina se integrará con su capital histórica.

Ubiquemos a Yofre en su relato como un diputado del interior que ya a su llegada a Buenos Aires consigue eludir una manifestación hostil a los representantes de Córdoba, que son también amigos de Roca. Yofre pulsa en el acto la resistencia insolente del partido de Tejedor a las autoridades nacionales. Cierta afición por la historia antigua debió recordarle la antipatía de Roma hacia los primos de provincia que asumieron roles importantes en el Imperio cuando se preparaba la ascensión de Trajano. Con Sosa dan cuenta al presidente. “Después de oírlos —relata el testigo— el doctor Avellaneda se levantó de su silla y dirigiéndose al doctor Yofre le dijo: «¡Ven!», sacándolo hasta el umbral de la puerta de su gran biblioteca... y colocados allí le agregó: «¿Ves esos agujeros? Son de balas que días pasados tiraron los rifleros sobre mi casa», y luego llevándolo hasta el umbral de la puerta de calle, le mostró el vigilante de policía que estaba de servicio en la bocacalle, añadiendo: «sobre aquel vigilante el presidente de la República no tiene autoridad alguna»; y volviendo al salón de su

⁷ 1880. *La federalización de Buenos Aires*, en *La Argentina. Del 80 al centenario*, Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (compiladores), Edit. Sudamericana, 1980, p. 107.

⁸ J. Lajouane y Cía., Buenos Aires, 1928. Reproducción de PEDRO J. FRIAS, cit., p. 359.

biblioteca, contestó a los dos diputados: «yo no puedo defenderlos, cada uno de ustedes garántese como pueda».”

Yofre sabe que Avellaneda puede disponer de las fuerzas nacionales, pero “dominado por la pasión de la paz” quiere evitar todo conflicto y hasta saca de la ciudad las pocas fuerzas de línea que servían para hacer la guardia de la Casa de Gobierno. De esta manera solamente Tejedor tendrá la responsabilidad de la sangre derramada.

La Cámara de Diputados abre sus sesiones preparatorias en que deben incorporarse los electos. El mitrismo y Tejedor consiguen mayoría en la comisión para aplazar la consideración de los diplomas de las provincias de Córdoba, Entre Ríos y Santa Fe, para asegurarse la mayoría de la Cámara. La agitación es tal que los legisladores concurren armados y sus custodias tienen la consigna de responder contra los tejedoristas al primer tiro que se haga contra los roquistas. Cuando en la votación nominal los tejedoristas son vencidos, un diputado por Corrientes se pone de pie y “bajo la convulsión de la ira” invita a los rifleros de la provincia en la barra alta a tirar contra los roquistas: “¡Ya es tiempo!”. Conforme con lo convenido, los del interior se entremezclan con los tejedoristas. “En tal solemne instante —escribe Yofre— el general Bartolomé Mitre, que tenía su banca en la primera fila baja, frente a la presidencia, saltó rápidamente sobre ella y parado cuan alto era, con sus largos brazos abiertos hacia uno y otro lado de la barra, como quien contiene a alguien, exclamó: ‘¡No es tiempo todavía!’ agregando en alta voz: ‘Señor Presidente! Hago moción para que se levante la sesión’.”

Pero la agresividad está en el alzamiento de la provincia, cuando se pretenden desembarcar las armas compradas por Tejedor. El gobierno se traslada a la Chacarita y el pueblo de Belgrano es designado residencia de las autoridades de la Nación. Es el 4 de junio de 1880.

Y he aquí a todos los legisladores que apoyaban el gobierno, instalados precariamente en pensiones improvisadas, comiendo en mesa redonda en el solar mismo del actual Museo Larreta y acortando las noches frías con la tertulia política y hasta... alguna sesión de espiritismo.

Las armas rompieron la espera y dieron en las batallas del 20 y 21 de junio la victoria a la Nación. Pero Yofre

recuerda que jamás estuvo más en peligro la solución de la capital que a partir del triunfo: el doctor Avellaneda parecía por momentos más preocupado por lo que escribiría la historia de su presidencia que por el futuro de la República, más confiado en la sinuosidad de una negociación con los mismos responsables del alzamiento que en derivar conclusiones institucionales de su propia conocida sentencia: "nada hay dentro de la Nación superior a la Nación misma". El Presidente quería mantener la Legislatura rebelde y el Congreso quería disolverla para consultar la voluntad del pueblo de Buenos Aires sobre la reorganización de sus poderes.

Yofre cuenta cómo el Congreso llegó a la convicción de que el entendimiento con Buenos Aires era imposible, y sin decir palabras irreparables funda su apoyo a la moción de tratar el proyecto de intervención a la provincia, ya sancionado por el Senado. Pero aprobada la intervención, el Presidente renuncia y somete al Congreso al difícil ejercicio de asegurar la mayoría necesaria para rechazarla, estar pronto a destituir al vicepresidente Acosta que no secunda la política nacional, preparar el pronunciamiento del ejército al mando de Racedo. . . La renuncia es rechazada, el Presidente no insiste en ella, pero veta la ley. Y cuando el Congreso rechaza el veto, Avellaneda cae en una postración que por tres días mantuvo a sus amigos en vilo.

En su libro, Yofre cuida de no herir la grandeza de Avellaneda: retoma pues la placidez de su estilo y consigna que cuando aquél despertó de tan extraño sueño, se encontró con que el pueblo entero de la República quería la continuación de su presidencia, que el Congreso, al rechazar su renuncia y el veto, había sido intérprete de la voluntad nacional, que el ejército le era fiel y que el patriotismo le imponía el deber de continuar en la presidencia. Ejecuta así la ley de intervención y envía el proyecto de Capital al Congreso.

6. *La mediación política.* Era natural que la candidatura de Avellaneda a la presidencia fuera proclamada en Córdoba. Ministro de Alsina y de Sarmiento, el tucumano tiene títulos que sus amistades de Córdoba saben conjugar con las aspiraciones del interior. A las candidaturas de Alsina y Mitre, los noventa y cinco aniversarios de los cur-

sos superiores que se reúnen en lo de Yofre —la casa de dieciséis aposentos y tres grandes patios en que he jugado en mi niñez— oponen la de Avellaneda, arrastrando con ella al Partido Liberal. Sucesivamente todas las provincias, menos Corrientes y Santiago, se suman a la promoción.

Si recuerdo esto es por el diálogo con que quiero introducir mi reflexión sobre otro de los pasos del Estado-nación entre nosotros: el crecimiento de la mediación política, con la constitución del Partido Autonomista Nacional.

Este es el diálogo del candidato Avellaneda con Felipe Yofre:

—¿Qué se imagina Ud., don Felipe, que será una de mis mayores aspiraciones si llego a la presidencia?

—Sería el arreglo de nuestros límites internacionales y la solución de la capital definitiva de la República.

—Para mí sería además, que al terminar mi presidencia dejase constituido un gran partido que pudiera hacer práctico nuestro sistema de gobierno.

No necesito reiterar la tarea cumplida por Carlos R. Melo sobre la evolución de los partidos argentinos. Por entonces eran una poliarquía que ofrecía precario sustento. Algunas de las etapas de la nacionalización fueron la alianza de los sostenedores de Avellaneda con el alsinismo, la conciliación de los partidos y la muerte de Alsina.⁹ Lo determinante en este curso de la historia fue la generación nacida de los estudios en Córdoba entre 1850 y 1855. Junto a Avellaneda están Antonio del Viso, Rafael García, Abel Bazán, Pablo Julio Rodríguez, Leónidas Echagüe, Tiburcio Padilla, Benjamín Paz, Simón de Iriondo, Manuel Demetrio Pizarro, Arsenio Granillo, Benigno Vallejo, Luis Vélez, Jerónimo Cortés, Filemón Posse, Salustiano Zavalía (h), los Díaz Colodrero, Uladislao Castellano y otros. Hoy son apellidos de la Patria vieja.¹⁰

Si bajamos un escalón en edad, quedará configurada la que fue llamada sin propiedad “Liga de gobernadores”.

Así, considerados únicamente los condiscípulos de Juárez Celman entre 1856 y 1867 —años de su carrera doctoral—, cabe verificar que integraron la presunta “liga”,

⁹ M. C. SAN ROMÁN y G. H. GASIO, *La presidencia de Avellaneda*, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, cit., p. 35.

¹⁰ “Lista” en Garro, cit., por FAGALDE.

Ramón Fèbre, gobernador de Entre Ríos entre 1875 y 1879, uno de los dos iniciadores de la misma según la conocida carta de Juárez Celman de fecha 1° de setiembre de 1878; Simón de Iriondo, de Santa Fe entre 1878 y 1882; y Manuel F. Rodríguez, de Catamarca entre 1878 y 1882. Otros fueron gobernadores inmediatamente antes del 80, como Rafael Cortés, de San Luis entre 1875 y 1878 y Mardoqueo Molina, de Catamarca entre 1876 y 1879. Telasco Castellanos fue ministro de Gobierno del primer mandatario de Santiago del Estero, Pedro Gallo entre 1879 y 1882. Manuel Demetrio Pizarro es ministro del gobernador Servando Bayo, de Santa Fe entre 1874 y 1878, cuando como ya se dijo, esta provincia quedó alineada en pro del vencedor de Santa Rosa. Ministros y jefes de partido son Fidel Castro y Francisco Caracciolo Figueroa en Catamarca en el lustro anterior a 1880.

Manuel Derqui es electo gobernador de Corrientes por el Partido Autonomista en 1877, no ejerciendo sus funciones por el conflicto suscitado con el Partido Liberal que eligió simultáneamente para el mismo cargo a Felipe J. Cabral, también condiscípulo de Juárez Celman, pero que por lo visto no hizo suya la enseñanza de la Universidad. Joaquín Quiroga se desempeñó como interventor en La Rioja en 1879 secundando las miras de Roca aunque al frente de los destinos de la provincia estuvo, en el momento definitivo, Vicente Almandos Almonacid. Opositor decidido en la tierra de Facundo será el doctor Guillermo San Román, quien no obstante la discrepancia política, mantuvo cordial correspondencia con Juárez Celman.

Actúan igualmente otros, en segunda fila, pero que después del 80 alcanzarán la primera magistratura provincial. Así Manuel M. Zavalía, en Santa Fe, entre 1882 y 1886; Miguel M. Nougués en Tucumán, entre 1880 y 1882; y Pedro Firmo Unzaga en Santiago del Estero, entre 1882 y 1885. Aunque no compañero de aula de Juárez Celman, pero sí alumno de la casa de altos estudios a partir de 1870, cuando aquel se destacaba al frente de la juventud universitaria, está Domingo T. Tello, gobernador de Jujuy en 1883. Esto es lo esencial del catálogo de Luis Rodolfo Frías.

He dicho que esta generación del interior fue llamada

sin propiedad “Liga de gobernadores”. Luis Rodolfo Frías¹¹ lo ha señalado para poder destacar mejor una comunidad de aspiraciones crecida en el claustro cordobés que sin concierto deliberado reconoció en Roca un “gestor de intereses comunes, no otros que los implícitos en una nación definitivamente organizada y liberada de la hegemonía porteña”. Esa “liga de gobernadores” fue más bien —entonces— una “generación de notables” del interior que promovió a Roca como líder de ese Estado-nación que la presidencia de Avellaneda había consolidado.

Nos aproximamos a la recapitulación de su obra, pero antes quisiera detenerme en el católico Avellaneda.

7. *Entre católicos y liberales.* Dije ya que Avellaneda tenía una fe robusta que le permitió ocupar un justo medio entre católicos y liberales. Entre otros, Auza¹² ha ilustrado el conflicto finisecular. Avellaneda no apreciaba la teología porque la había entrevisto decadente en Córdoba. Pienso que en nuestro tiempo su alma sensible hubiera de nuevo gustado el vértigo del “logos” de Dios.

Hay dos indicadores de la firmeza de su fe durante la embestida agnóstica. Mejor, hay muchos, pero me impresionan dos: la defensa de la tradición religiosa de la escuela pública y aquella frase que aunque oratoria, si ha sido reflexionada como creo, resulta un testimonio decisivo. La dice de Esquiú: “Cada pueblo tiene la necesidad de saber que, sobre la porción de tierra por él habitada, hay siquiera una oración salida de un labio humano, que sube con seguridad a los cielos y esa oración era la de Esquiú”. Podríamos discurrir, a la manera del Cardenal Danielou sobre “la oración, como problema político”, como oxigenación de la comunidad, pero no deseo forzar ningún texto.

Detengámonos a reflexionar sobre los términos en que se dio el conflicto religioso. Con probidad y rigor intelectual, Carlos Floria ha definido “el clima ideológico de la querrela escolar”.¹³ Para presentarlo de manera más sim-

¹¹ *La Liga de Gobernadores*, cit. ALEJANDRO MOYANO ALIAGA ha señalado en un estudio genealógico, que de los 26 electores cordobeses de Avellaneda, 19 están emparentados dentro de 4 familias (en JORGE MALDONADO, *Los electores cordobeses de Avellaneda*, comunicación en la Junta Provincial de Historia de Córdoba).

¹² *Católicos y Liberales*.

¹³ En Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, cit., p. 851.

ple, he imaginado un diálogo entre Juárez Celman y Esquiú, quienes, en tiempos de irritada suspicacia, conviven en Córdoba como Gobernador y Obispo que se dispensan simpatía. No lo he incluido a Avellaneda como interlocutor porque tiene demasiadas coincidencias con el fraile.

—Usted., Gobernador, parece fatigado de Dios y de Iglesia.

—Sí, Monseñor. Dios no ha muerto pero ha envejecido.

—Y sin embargo, es la alegría de mi juventud. Soy un viejo pero lo siento así. Todos los días, escuche bien Dr. Juárez Celman, todos los días hay para mí una Encarnación y una Resurrección.

—Lo creo, Monseñor; pero acepte también que sin excluir a veces la Fe heredada, la fe de mi generación es secular: la fe en el progreso. La noche ha quedado atrás en nuestra Argentina. El desierto será poblado, las leyes se encarnarán en las costumbres, seremos ricos y respetados. Mis compañeros de Universidad ocupan como yo funciones responsables. Tratamos todos de crecer en los sucesivos desafíos...

—Le creo también yo; sé que el hombre, por bondad de Dios, es artífice de su progreso. Pero, ¿de qué progreso hablamos? Me temo que sin conciencia religiosa —y se la pueden quitar a nuestro pueblo— no será sino extraviarse entre las cosas, crecer en materialidad y perder razones de vivir. Sólo Dios salva al hombre de sí mismo.

—El hombre sobrepasa al hombre, ha dicho uno de los suyos. Su credo es escéptico sobre el hombre.

—Déjeme, Gobernador, decirle que no. El cristiano no puede ser escéptico sobre el hombre a menos que quede librado a sí mismo. Durante un tiempo vivirá de los valores del cristianismo sin su fe, pero luego nomás prevalecerá la disgregación. Y volverá el hombre, lobo del hombre.

—Me hace pensar, Monseñor. Seré más claro. Yo esperaba a Dios y sólo he encontrado a la Iglesia. Claro, la Iglesia es la encargada de “honrar el culto de nuestros mayores, enseñando, practicando y propagando la religión sublime del Crucificado” (de la oración fúnebre cit.). Pero esta mediación es la que hoy nos parece ambigua, cuando el hombre ocupa casi todo el espacio de nuestra experiencia.

—Gobernador: apiádase de los mediadores para merecer piedad. Ud. como hombre público es también un media-

dor entre la sociedad y el poder. Quizás sea aun más alto su destino. Y siempre será llamado a una mediación más difícil, cada vez más compleja, equívoca, arriesgada. Habrá tiempos como las décadas pasadas, en que nuestros compatriotas no sabrán interpretar la mediación. Ud. titubeará y le será penosa la defección de los hombres. También lo es a Dios.

Este diálogo es verosímil en la época en que el positivismo y el laicismo tratan de reinterpretar las razones de vivir en la Argentina. Si lo concluyo con una advertencia sobre la fragilidad de la mediación del poder, es para hacer justicia a quien triunfó como gobernador de Córdoba y tuvo que declinar la presidencia de la Nación.

Volvamos ahora a Avellaneda. Un indicador de su humor religioso es su comentario al libro de Facundo de Zuviría, "*El pensamiento religioso como elemento político, social y doméstico*". Me temo que Avellaneda no lo penetra adecuadamente, porque en primer lugar no confía en las reflexiones de un viejo desencantado, y en segundo lugar lo lee en clave clerical. Es mi hipótesis.

La obra de Zuviría se parece a una apologética, paralela al "*Genio del Cristianismo*". Nace de una inquietud, pero de una inquietud por el orden más que por la religión. Su ensayo procura demostrar la eficacia del principio religioso en la civilización y por eso se lee hoy en perspectiva diferente, aun por quienes alentamos las mismas certezas.

Con perspectiva diferente —digo— respecto a la civilización occidental y respecto a la eficacia instrumental de la Religión.

Respecto a la civilización occidental, en primer lugar, porque aunque nadie pueda desconocer su horizonte cristiano, vemos hoy más claro que "el genio del Occidente no es Santo Tomás o San Buenaventura, Maquiavelo o Erasmo, Voltaire o Pascal, Hegel o Kierkegaard, Marx o Nietzsche, sino su diálogo".

Y se lee también con perspectiva diferente respecto a la eficacia de la Religión, que es ante todo espiritual y, por ella y sólo mediatamente, temporal.

Avellaneda no simpatiza con esta suerte de fundamentalismo religioso de Zuviría. Esa máquina del catolicismo que Zuviría quería levantar de nuevo sobre el mundo, "está bien donde Dios y la marcha progresiva del espíritu humano

la han puesto, sepultada bajo el polvo de los siglos”, resume Gandía. Los antagonismos confesados por Avellaneda son característicos: “el catolicismo autoritario”, “el despotismo de la conciencia”, “el argumento de autoridad”.

Habría que decir que Avellaneda se aleja de Zuviría en cuanto éste parece —sólo parece— transar con cierto clericalismo de su época. Para ser más claros: la fe de Zuviría es una fe del siglo XIX. La de Avellaneda es la fe inquieta del siglo XX. Es una fe resentida por el escepticismo positivista. Pero es a la vez una fe depurada de ciertos aspectos mágicos y de una indebida servidumbre de las realidades temporales. Se me ocurre que Avellaneda se habría sentido cómodo en la atmósfera posconciliar —la auténtica, no la desviada— de nuestro tiempo.

Esta aproximación a la fe de Avellaneda no es una irrupción indiscreta en su ámbito íntimo. El humor religioso o irreligioso ocupaba la escena pública. Entre los liberales del 80, la fe se vivía a la manera de Avellaneda o no se vivía...

8. *La presidencia de la consolidación.* Enrique de Gandía¹⁴ ha efectuado una recapitulación de la presidencia de Avellaneda. Entresaco para ordenar sus referencias:

— en cuanto a la paz interna: las revoluciones de los caudillos anacrónicos fueron cayendo en el olvido; las luces de Buenos Aires y la Confederación llegaron al ajuste definitivo de desacuerdos que sólo se basaban en intereses del puerto de Buenos Aires;

— en cuanto a su importancia en el mundo: éramos ya dos millones; parecíamos muchos e infundíamos respeto a los pueblos vecinos; el ejército y la escuadra eran los más importantes de la América hispana; iniciábamos una buena interacción con el mundo; las cuestiones de límites con los países vecinos se solucionaron; nada perdimos; todo se ajustó a las jurisdicciones del tiempo de la monarquía; el crédito era respetado en Europa y Estados Unidos;

— en cuanto a la jurisdicción efectivamente ejercida: la lucha con el indio vio su fin con la expedición al desierto, primero de Alsina y después de Roca; se ocupaba el territorio, se lo estudiaba; algún explorador del Chaco escribía:

¹⁴ Nicolás Avellaneda, cit., p. 121.

he perdido un brazo en el impenetrable, pero queda el otro para firmar el acta de fundación del pueblo. . .

— en cuanto a los indicadores económicos: las crisis económicas periódicas fueron superadas con sacrificios; las exportaciones de carnes y cereales crecían prodigiosamente; pequeñas industrias empezaron a desarrollarse; las deudas eran pagadas religiosamente; en el 80 la moneda se nacionalizó y dejaron de correr las extranjeras; los gastos del Estado disminuyeron; los ferrocarriles nos habían dado una estructura de hierro y el telégrafo una vinculación espiritual; las distancias de tres meses se habían reducido a dos días;

— en cuanto a la educación, trepamos a los más altos índices de la América hispana. . .

Por la paz recobrada, por el territorio ocupado y la mediación política operante para la formación del consenso, esta presidencia consolidó el Estado-nación. Lo instaló en el suelo que nos dio España y en la Constitución histórica del 53-60; lo instaló en su tiempo y en su mundo. Por eso los años 70 son la década-puente no sólo del 80 sino del Estado-nación. Avellaneda es la bisagra: la puerta se ha abierto de par en par para que la organización convulsiva pase a la de desarrollo político y económico. El Estado-nación es la unidad de conducta de un pueblo; es la interacción de territorio, población y poder como sujeto histórico. Recién lo tendríamos en el 80.

Cierto que dejaba pendiente la cuestión del voto. Dije por eso que la “generación de notables” del 70 fue más oportuna que pulcra en su instancia histórica. Avellaneda se lamentaba en 1883 de que los fraudes fueran frecuentes. El fraude cometido en un lugar lejano de la campaña “se introduce en el escrutinio general e inficiona el resultado total de la elección”, señalaba el ex Presidente. La corrección se intentó con la protesta del 90, alentada por otras motivaciones. En la anécdota, el 90 puede oponerse al 80. En la adecuada perspectiva histórica, el 90 es una rectificación de rumbo, complementaria e integradora de la visión del 80. Si como yo creo el 80 es el Estado-nación, el 90 no le es comparable. La cuestión ética de la plena legitimidad se plantea recién cuando un pueblo funciona como Estado: una convergencia que las naciones pocas veces logran.

9. *El "hechizo argentino"*. A la muerte de Avellaneda hace un siglo, la Argentina estaba convirtiendo su "desierto" en "granero del mundo". La inmigración europea desbordaba desde el puerto. Entre mil lugares, había nacido la Colonia Caroya en las tierras bien conocidas por el adolescente Avellaneda. En ese rincón que me es familiar, la interpenetración de la colonia friuliana con el contiguo pueblo de Jesús María, acriollaba al gringo y agringaba la chacra. La nueva Argentina estaba creciendo.

El humor popular recogió aquello de que los mexicanos descienden de los aztecas, los peruanos de los incas y los argentinos de los barcos. Prefiero rescatar una estrofa de Juan Luis Gallardo:

"Bodegas atestadas de nombres sin destino
respondían al llamado del hechizo argentino".

Como es poeta contemporáneo corrige a Darío que nos cantaba "la preferida del nuevo siglo"; corrige a Lugones que nos veía "del lado del porvenir puesta la llave"; corrige a Mitre que en la temprana vigilia del centenario veía la escena de una de las grandes trasmutaciones de la especie. Gallardo habla de hechizo, o sea de sortilegio, por esta vez no maleficio. Sortilegio, espejismo, encantamiento... Avellaneda lo hizo posible. No fue culpa suya si no tuvimos la perseverancia necesaria para convertirlo en realidad duradera.